



LUIGI GIUSSANI

**UN
ROSTRO
EN LA
HISTORIA**

**La tarea de la Iglesia
en el mundo (1969-1970)**



EN
CUENTRO
TRO

100XUNO

Un rostro en la historia



100XUNO

Luigi Giussani

Un rostro en la historia

La tarea de la Iglesia en el mundo (1969-1970)

Edición de Davide Prospero

Traducción de Carmen Giussani



Título original: *Un volto nella storia. Il compito della Chiesa nel mondo (1969-1970)*

© 2025 Fraternidad de Comunión y Liberación

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2026

Edición de Davide Prosperì

Traducción de Carmen Giussani

Imagen de cubierta: © Fraternidad de Comunión y Liberación

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, n° 169

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-290-5

Depósito Legal: M-15071-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO «Cristo nuestra esperanza»	7
NOTA HISTÓRICA El Centro Cultural Charles Péguy	25
NOTA EDITORIAL	29
CAPÍTULO PRIMERO	
IGLESIA Y MUNDO	33
Iglesia y mundo.....	35
CAPÍTULO SEGUNDO	
LA MISIÓN	53
La misión.....	55
CAPÍTULO TERCERO	
VERITATEM FACIENTES IN CARITATE.....	73
<i>Veritatem facientes in caritate</i>	75
CAPÍTULO CUATRO	
EL CRISTO GLOBAL, NUESTRA ESPERANZA.....	91
El Cristo global, nuestra esperanza.....	93
CAPÍTULO QUINTO	
CRISTO Y EL TIEMPO.....	111
Cristo y el tiempo.....	113

CAPÍTULO SEXTO	
EL JUICIO FINAL SOBRE EL MUNDO	131
El juicio final sobre el mundo.....	133
CAPÍTULO SÉPTIMO	
LA POBREZA, EL ROSTRO DEL CRISTIANO EN LA HISTORIA ..	149
La pobreza, el rostro del cristiano en la historia.....	151
CAPÍTULO OCTAVO	
LA LIBERACIÓN DEL MAL.....	171
La liberación del mal	173
CAPÍTULO NOVENO	
LA POSESIÓN DE LA REALIDAD EN CRISTO RESUCITADO	189
La posesión de la realidad en Cristo resucitado.....	191
CAPÍTULO DÉCIMO	
DEL ANUNCIO DE LA FE, EL COMPARTIR LAS NECESIDADES: JUICIO Y TEORÍA NUEVOS	213
Del anuncio de la fe, el compartir las necesidades: juicio y teoría nuevos..	215
CAPÍTULO UNDÉCIMO	
EL TRABAJO Y LA MISIÓN COMO CONVERSIÓN	235
El trabajo y la misión como conversión	237
Índice de referencias bíblicas	253
Índice temático.....	259

PRÓLOGO

«CRISTO NUESTRA ESPERANZA»

Me complace presentar este nuevo volumen de don Luigi Giussani, que marca una etapa más en el descubrimiento cada vez más completo del carisma que el Espíritu le concedió en bien de toda la Iglesia y del mundo. Esto es lo que el papa Francisco nos invitó a hacer en la Audiencia del 15 de octubre de 2022 con el movimiento de Comunión y Liberación. La publicación de textos inéditos —que promete prolongarse durante mucho tiempo, dado el extraordinario alcance de la producción de Giussani— saca a la luz aspectos de un tesoro por el que nunca estaremos suficientemente agradecidos. Al haber alcanzado y rescatado la vida de tantas personas, ganándola para una fe cristiana llena de razones y comprobada en la experiencia, esperamos que este tesoro pueda contribuir al bien y al crecimiento de muchos otros.

El volumen contiene once conferencias, pronunciadas en Milán entre marzo de 1969 y junio de 1970, concebidas como la realización de un “curso de teología” (rebautizado inmediatamente después por don Giussani como “Escuela de comunión”; ver aquí, p. 27) destinada a quienes, en esos años, participaban en la experiencia del Centro Cultural Charles Péguy. El Centro Péguy reunía a los jóvenes adultos que, en medio de la tormenta del ‘68, habían permanecido fieles al encuentro cristiano a través de don Giussani y que habían continuado, bajo su guía, la aventura del “movimiento” nacido en 1954 en el Liceo

Berchet con la experiencia de Gioventù Studentesca. Poco después, como el mismo Giussani anuncia en la lección de mayo de 1970, tanto la realidad del “Péguy” como la de los estudiantes universitarios —que acuñaron el nombre— asumirían el nombre de «Comunión y Liberación».

Las lecciones se entrelazan con el camino general del Centro Péguy en los años 1968-1970, del que *Una revolución de nosotros mismos. La vida como comunión*, publicado en 2024, documenta algunos momentos significativos (las Jornadas de apertura de curso y los Ejercicios espirituales). Recuerdo, para aquellos que no han tenido la oportunidad de acercarse al texto citado, que uno de los cimientos de todo el discurso giussaniano era «la vida cristiana como comunión», como vidas que se implican unas con otras en nombre de Cristo, cuyo horizonte total es la «Iglesia, Cuerpo místico de Cristo». El misterio de la Iglesia, la unidad de los creyentes, que tiene su último punto de garantía en la autoridad del Papa, es la continuidad de Cristo en la historia. «Nuestra comunión» —subraya Giussani— no es más que la emergencia contingente de este valor que es la Iglesia; es el instrumento cercano para el camino, al que nos vinculamos en cuanto se nos propone como cargado de autoridad, es decir, capaz de atraernos y, por tanto, de impulsarnos adecuadamente hacia la madurez cristiana.

El primer síntoma de nuestro deseo de caminar, decía entonces Giussani, es una actitud de escucha y de dependencia de la comunión, lugar de dicha autoridad moral, que, a su vez, descansa como todo organismo vivo en un punto de referencia, en la función institucional de la autoridad. El “curso de teología” (o “Escuela de comunión”) se propone como «una expresión sumamente importante de esta dimensión de autoridad moral»¹ y Giussani le confía la clarificación de los puntos esenciales de la concepción y la propuesta que califican la experiencia nacida a través suyo.

¹ L. Giussani, *Una revolución de nosotros mismos. La vida como comunión (1968-1970)*, Encuentro, Madrid 2024, p. 54.

En estas lecciones nos hallamos frente a un don Giussani que persigue tenazmente la expresión sistemática del discurso madurado en aquellos años, una maduración que él consideraba una verdadera gracia recibida. Una vez al mes, en reuniones de una hora a final de la tarde, realiza una presentación rigurosa y articulada de los contenidos, con el objetivo de lograr la máxima claridad y precisión. Esto no debe asustarnos: como saben todos los que han leído algunas de sus páginas o escuchado alguno de sus encuentros (en vivo o grabado en video), incluso cuando buscan aclarar un concepto, sus palabras no pierden nunca un estilo existencial relevante para la vida. La profundidad a la que llega Giussani no está al servicio de la “elaboración teológica”, sino del camino de las personas que le siguen, para que todos, junto con él, puedan corresponder con creciente transparencia e integridad de razones a la misión confiada: vivir y comunicar a Cristo, hacer presente a la Iglesia allí donde se vive. Es la urgencia educativa y misionera la que vibra en su búsqueda de las palabras.

Los que se impliquen en la lectura no podrán por menos que notar otra cosa: además de la evidente densidad teórica y profética del discurso, además del nivel — como diríamos hoy — de las competencias específicas, hay una presencia sobreabundante de la Escritura y la Liturgia. No se trata tanto del hecho, que incluso podría parecer obvio, de que Giussani cite la Biblia y conozca los textos litúrgicos; de un sacerdote, de un educador católico, de un teólogo, nos lo esperamos. Lo que sorprende es la identificación con los pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, es la familiaridad íntima con ellos, como si hubieran entrado en el tejido profundo de su memoria y pertenecieran al respiro de su pensamiento. En su exposición, para evidenciar la riqueza de las “categorías” del discurso, hay una apelación apremiante y continua a los profetas, a los evangelistas, a san Juan en particular, y luego, sobre todo, a san Pablo, una presencia constante y perentoria.

Una pequeña nota. Los capítulos del libro se dividen en dos bloques: los tres primeros se refieren al curso 1968-1969 y reproducen las tres últimas etapas de un recorrido comenzado a finales de 1968, con

lecciones impartidas por otros ponentes indicados por don Giussani. Los otros ocho capítulos, del cuarto al undécimo, se refieren a 1969-1970 y constituyen un ciclo completo, íntegramente realizado por él. En el primer bloque, por lo tanto, el autor toma la palabra para completar una trayectoria ya en marcha y comienza, por así decirlo, desde el final: en los dos estupendos capítulos iniciales, trata los temas «Iglesia y mundo» y «La misión». En el tercer capítulo, que cierra el curso, titulado *Veritatem facientes in caritate* («Realizando la verdad en la caridad»), en lugar de ofrecer una simple «conclusión», Giussani abre: propone una secuencia de «cinco puntos», en la que los contenidos expresados ya anteriormente se retoman y se colocan en un nuevo marco, que establece «los pilares teóricos y prácticos de la concepción que nos une» (p. 89). Retomando el curso de teología en noviembre de 1969, Giussani desarrollará el itinerario trazado en el tercer capítulo, comenzando por el primero de esos cinco puntos (p. 93), que considera «el punto central de todo el discurso cristiano» (p. 113), para acabar volviendo de una manera nueva sobre los contenidos expuestos en los dos primeros capítulos, como trataré de señalar.

El Cristo global, nuestra esperanza

La articulación del volumen en once capítulos nos obliga a elegir algunas cosas, sacrificando unas en beneficio de otras, en lugar de tratar de retomar la compleja trama del curso. Concentrémonos entonces en el «punto central» mencionado, que acompaña a todas las etapas del desarrollo como una nota de bajo continuo, y luego en algunas líneas que, a partir de él, se ramifican en el texto. El punto al que he aludido es una «afirmación radical», que en cierto sentido se presenta como obvia para el cristiano, para los que tienen fe, a saber: «La esperanza de la vida es Cristo, la esperanza de la existencia es Cristo, la esperanza de la historia es Cristo, la esperanza del mundo es Cristo» (p. 95). ¿En qué consiste su radicalidad? En su «significado global», que es difícil de aceptar, que no suele ser comprendido

y, básicamente, es vaciado o negado en la vida de muchos cristianos. «Cristo, nuestra esperanza» significa no sólo la esperanza de tal o cual aspecto de la vida, de la pureza del alma o del más allá o del final de los tiempos, sino la esperanza de toda la vida, la esperanza para todo mi ser, porque «el hombre es uno» (p. 76), subraya Giussani: «Yo soy yo» en el más acá y en el más allá, cuando como y cuando bebo, cuando trabajo y cuando me relaciono con los demás, cuando voy a la iglesia y cuando lucho con los problemas de la sociedad o de la política.

Decir que «Cristo es mi esperanza» implica «una integralidad que solo por parte de una mentalidad laicista puede ser percibida como integrismo» (p. 76). Durante mucho tiempo, esta fue la acusación dirigida a Giussani y a las personas que lo seguían, como si tuvieran la pretensión indebida de poner a Cristo en todas partes, de partir siempre de Cristo para juzgar y afrontar cada circunstancia o situación. Pero este es precisamente el punto: «Cristo nuestra esperanza» define la posición y el rostro del cristiano en el mundo, es lo que nos distingue de los demás; y «no solo nos distingue de los demás, sino que nos ‘divide’ por dentro, distingue en nosotros el bien del mal» (p. 152). «No puedo concebir —sigue diciéndonos hoy don Giussani— un cristiano que no descansa por entero en esta esperanza» (p. 77). ¿Qué significaría, entonces, ser cristiano? ¿Qué conveniencia tendría serlo?

«Cristo nuestra esperanza» es una fórmula que establece un horizonte global, «sin que se le escape ni siquiera un minuto del tiempo del mundo, ni un matiz de uno de mis pensamientos» (p. 96). Preguntémosnos: ¿qué alimenta la reducción de la esperanza a tal o cual aspecto, a un escatologismo (una vida después de la muerte sin conexión con el más acá, una huida) o a una preocupación moralista? Una forma abstracta, parcial, espiritualista, en un sentido emocional o teórico, de concebir el anuncio cristiano. La integralidad de la esperanza cristiana corresponde, de hecho, a una integralidad del anuncio. Debo confesar, al tener que tratar con muchos jóvenes, debido a mi trabajo como profesor universitario, que la abstracción y la reducción espiritualista del cristianismo están a menudo en la raíz de la falta de

interés por él, e incluso antes de eso, de su incapacidad para ejercer una fascinación, una atracción, en muchos de los que entran en contacto con él. No es el verdadero Cristo quien se les propone.

«Mirad, por favor, que Cristo, Cristo como esperanza total, sin que se le escape ni un solo cabello [...], este Cristo es un acontecimiento histórico, tiene una fecha» (p. 102), es un hombre «nacido de mujer», como escribe san Pablo, un hombre de carne y hueso. Pero, insiste Giussani, esta primera afirmación debe completarse en seguida porque, de lo contrario, no se podría afirmar que Cristo es la esperanza de la vida *tout court*, en su totalidad. Si Cristo es la clave de mi esperanza concreta, de algún modo, debe estar aquí, conmigo. Si quedara relegado al pasado, incluso una sola hora, entonces mi esperanza sería tan solo una interpretación de Él que realizo yo. Y esto coincidiría con «el horror de la historia humana». De hecho, me encontraría en una trágica contradicción: por un lado, estaría mi vida con su insatisfacción y su necesidad de tener una esperanza, a la espera de una salvación que no tengo y no puedo tener por mí mismo, y por otro lado «haría objeto de mi esperanza y clave de la salvación, mi interpretación» (p. 103) de algo que sucedió en el pasado.

¿Y entonces? La respuesta es capital y su decidida afirmación pertenece al corazón del carisma concedido a don Giussani: Jesucristo, el hombre que tiene esa fecha de nacimiento, que murió y resucitó, y «en quien todas las cosas subsisten», como dice san Pablo, está presente en nuestro tiempo, en nuestra existencia, «sin que tenga que interponerse ninguna interpretación: está presente “objetivamente”, con una fisonomía físicamente precisa — como la tuya que veo frente a mí —, que es su Cuerpo místico, la Iglesia» (p. 104). Sin la Iglesia, sin la integralidad del anuncio («Emmanuel, el “Dios con nosotros”»), en el fondo estaríamos relegados, aun siendo cristianos, a una ausencia, a un mundo sin Cristo y, por lo tanto, presos de nuestra presunción e impotencia. «La Iglesia es el lugar donde el Señor glorificado y resucitado — es decir, que ya comienza a manifestar su definitividad, su posesión definitiva — está presente y actúa, es el lugar donde el Señor

demuestra su victoria» (pág. 140). Por lo tanto, el «paso a la palabra “Iglesia” no resta ni un ápice de la palabra “global”: la Iglesia es la esperanza global y total de la existencia, de la historia y del mundo» (p. 104).

Seguro que no era la primera vez que sus interlocutores escuchaban estas afirmaciones, pero Giussani debió notar que alguien se extrañaba y, por eso, añade inmediatamente: «Para persuadirnos con toda tranquilidad, leeré la Carta a los Efesios» (p. 104). Lee una parte del primer capítulo, enfatizando su conclusión: «“Él [el Padre] *todo lo puso bajo sus pies* [los de Cristo] y lo dio a la Iglesia, como Cabeza, sobre todo. Ella es su cuerpo, plenitud del que llena todo en todos”². Cristo recibe de la Iglesia su plenitud completa y universal» (p. 105). No hay solución de continuidad entre ese punto de la historia en que Dios entró en el mundo y nosotros, que, después de dos mil años, por gracia, nos adherimos a él y le decimos que sí: «Es una sola realidad la que está en el mundo y que se llama “Cristo” o “Iglesia”, “Cristo” o “Cuerpo místico de Cristo”» (p. 147).

Cristo y la Iglesia no se pueden separar. «La palabra “Iglesia” indica al Cristo —la esperanza del cosmos, de la historia y de la existencia— que está presente en mi existencia» (p. 103). Así que «Cristo nuestra esperanza» significa «la Iglesia nuestra esperanza» (p. 153), ya que la Iglesia es la prolongación de Cristo en la historia, el instrumento con el que Cristo obra la redención. Pero, ¿cómo la Iglesia me alcanza allí donde vivo? «La Iglesia, esta esperanza presente en nuestra vida, somos nosotros: no tú, ni yo, sino *nosotros* en Su nombre» (p. 105), es nuestra comunión, como repite sin cansarse a lo largo del texto Giussani.

En la medida en que el misterio de Dios entra físicamente en el mundo («en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad») y permanece en él a través de la compañía de la Iglesia, incide en

² Ef 1, 22-23.

la realidad humana y en el contexto social. Es «el Cristo real, el Cristo vivo, es decir, Cristo en el misterio de su cuerpo, Cristo en el misterio de su Iglesia» (p. 239), quien está destinado a perturbar y cambiar las relaciones y las estructuras humanas. Nuestra esperanza está puesta «en esta perturbación, no en ninguna otra cosa» (p. 90), no en nuestra actividad, ni en nuestras empresas o proyectos. De lo contrario, sería inevitable confiar nuestra esperanza a un futuro más allá de la historia o a ciertos momentos de pureza interior; dejaría de ser una esperanza global, que concierne a esta vida en todos sus aspectos; no rescataría a la historia.

Construir la comunidad cristiana, contribuir al cambio del mundo

Si Cristo es nuestra esperanza, colaborar en la edificación de la Iglesia, es decir, hacer que el misterio de Cristo, el Cristo real, esté presente lo más posible, es nuestro cometido primordial, nuestra tarea. Mediante la construcción de la Iglesia nosotros esperamos «contribuir a crear esa perturbación en los asuntos humanos que moviliza su progreso hacia una mejora, hacia un objetivo más justo, hacia un tiempo más humano» (p. 78).

Giussani está hablando en una coyuntura de la historia italiana y mundial —el '68— cargada de un ansia de cambio y de una interpretación de la sociedad que insisten, a partir de la visión marxista, en el cambio de las estructuras como condición fundamental para la mejora de la condición humana. Hay quienes permanecen callados al margen de la historia por indiferencia o interés propio, pero también hay cristianos que se quedan como espectadores porque abrazan una versión individualista e intimista de la fe. La vía que Giussani propone para vivir y contribuir a cambiar el mundo («construir la Iglesia», «construir la comunidad cristiana») pone en tela de juicio tanto el individualismo intimista de un cierto enfoque católico como la pretensión de modificar las estructuras de la sociedad con una acción

de desmantelamiento, desde arriba o desde fuera, que prescinde del cambio de las relaciones que nos involucra más directa y concretamente. Se trata de una pretensión típica de la mentalidad político-revolucionaria, que podía y puede influir incluso en un cierto catolicismo comprometido, convirtiéndolo en un activismo agotador e improductivo.

Lo que Giussani indica aquí, en diálogo con un contexto y unos actores determinados, va mucho más allá de la contingencia histórica y no ha perdido vigencia con el tiempo. De hecho, plantea una cuestión muy sencilla: ¿dónde ejercen en primer lugar su influencia las estructuras mundanas que rigen la sociedad y que se pretendería cambiar? Lo cual también vale para las estructuras actuales. En primer lugar, en las relaciones que definen el ámbito de la vida normal de todos: las que se dan entre el hombre y la mujer, entre los padres y los hijos, entre los amigos. Si llamamos «comunidad cristiana» al contexto de las relaciones más estrechas, en cuanto tentativamente vividas desde el punto de vista cristiano, entonces es precisamente la comunidad el primer lugar donde las estructuras dominantes o las estructuras de poder, como también se las llama, ejercen su influencia. Este es el punto neurálgico: porque es precisamente allí donde «debe comenzar la conversión de las estructuras del mundo en el que estamos inmersos. Saltarse este paso significa sin duda equivocarse» (p. 79), caer en una praxis mentirosa. Si el primer ámbito donde las estructuras mundanas influyen son las relaciones y estamos insertados en la comunidad cristiana, allí es donde puede y debe comenzar el cambio de las estructuras, esa perturbación que la presencia del misterio de Cristo provoca y en la que se apoya nuestra esperanza. Por lo tanto, observa Giussani, «la pasión inteligente con la que tratamos de modificar las estructuras de nuestras relaciones y el significado de las relaciones mismas en el marco de nuestra comunidad habitual, esta pasión inteligente es nuestro primer deber, y coincide con la edificación de la Iglesia» (p. 80).

Lo que hace necesario este camino es la conciencia de que entre la comunidad cristiana y las estructuras mundanas no hay solución de

continuidad, no se trata de una relación entre dos cosas separadas: sin darnos cuenta, la mentalidad mundana obra en cómo concebimos la relación con nuestra esposa o esposo, con nuestros hijos y amigos. El mundo está en cada uno de nosotros y se insinúa en nuestras relaciones cotidianas: no comienza fuera de los límites de la comunidad, sino dentro. Por lo tanto, «el primer modo fundamental de actuar en el mundo es reaccionar de manera cristiana al modo habitual de vivir las relaciones, tal como se dan en nuestra vida cotidiana, con el prójimo o con la comunidad a la que perteneces» (pp. 80-81). La comunidad cristiana vivida es «el pedazo del mundo en el que [...] las relaciones y las estructuras son, en cierta medida, modificadas por la fe en Cristo. Esta modificación es la que construye la Iglesia» (p. 81). ¿Por qué esta “edificación de la Iglesia” tendría algo que ver con cambiar el mundo? Porque una movilización distinta de las relaciones y las estructuras se comunica inevitablemente —sin que podamos calcular sus resultados— a la situación más amplia en la que viven y actúan la comunidad y las personas que pertenecen a ella. Esto es cierto incluso cuando uno no puede hacer casi nada. Pienso, en particular, en la pequeña comunidad de la parroquia de Gaza y en los cristianos de Tierra Santa —cuya sola presencia es un punto de irradiación de una novedad de relaciones, un testimonio de que otro mundo es posible— a propósito de los cuales el cardenal Pizzaballa afirma: «Siendo sinceros, nadie espera que la comunidad cristiana vaya a resolver los problemas. [...] Lo primero es estar allí, estar presentes. No caer en la tentación de querer desempeñar un papel en estas situaciones, sino ser capaces de decir una palabra. En primer lugar, sostener a nuestra comunidad, apoyarla y estar presentes»³.

No solo las estructuras mundanas, sino también los problemas sociales afectan a la vida de la comunidad. Si una persona pertenece

³ P. Pizzaballa, «Nada es más real que el encuentro con Cristo» (encuentro inaugural en el Meeting por la Amistad entre los Pueblos, Rímíni, 20 de agosto de 2024), 27 de agosto de 2024, *clonline.org*.

Un rostro en la historia

En los turbulentos años en torno a 1968, tras dejar la dirección de *Gioventù Studentesca* (GS), Luigi Giussani acompañó activamente al Centro Cultural Charles Péguy de Milán, fundado en 1964 por un grupo de estudiantes, graduados y ayudantes universitarios. Este encuentro marcó el inicio de lo que pronto adoptaría el nombre definitivo de «Comunión y Liberación». En ese centro cultural Giussani impartió, entre 1969 y 1970, las once conferencias recogidas en este libro. En ellas, su voz profética logra indicar, incluso en aquel momento histórico convulso, un camino de esperanza y verdad para el hombre contemporáneo.

En lugar de proponer una evasión espiritual o una solución ideológica a los problemas de su tiempo, Giussani señala a la Iglesia —entendida como centro vivo de la comunión cristiana— como la fuente de todo intento humano auténtico por responder a la necesidad de verdad, justicia, amor y libertad. Solo en la comunión cristiana podemos experimentar la liberación, es decir, el advenimiento de un mundo más humano. Capaz de leer entre líneas el espíritu de su tiempo, el sacerdote identifica en la agitación del 68 no solo una ola de protesta, sino también la insaciable sed de autenticidad y el impulso de renovación que animaban a aquella generación.

Un rostro en la historia es un documento vivo y sorprendente. La fuerza de la propuesta de Giussani no solo resiste el paso del tiempo, sino que resulta más necesaria que nunca para afrontar los desafíos actuales.

Depósito Legal: M-15071-2026



ISBN: 978-84-1339-290-5



9 788413 392905